

Lema: *Ultima Ratio Regis*  
Autor: Aantonio rodríguez Morales  
Segundo Premio Certamen Literario-Cuento  
Semana de la Lengua 2007  
UIPR-Metro

## EL OCASO DE UN IMPERIO

Aquella tarde no parecía diferente de las demás, especialmente en un lugar como aquel, donde el bullicio de la capital de la metrópoli queda tan lejos y que difícilmente hace creer que ese pequeño rincón de la playa de Arecibo fuera realmente parte de nuestra España, de ese Imperio que se nos moría lentamente y que pronto no sería más que una reseña en los libros de historia.

Ahora que han pasado algunos años y me encuentro en mi tienda de ultramarinos de la calle Mayor de Madrid, recuerdo esos días en Puerto Rico y no puedo quitarme de la mente la imagen de esa tarde en Arecibo y el trágico suceso que marcó mi vida para siempre. Era el mismo día en que yo llegaba a la ciudad después de una larga travesía que comencé el 28 de julio cuando abandoné San Germán para dirigirme hasta Mayagüez con el capitán Espiñeira. Yo, que por aquel entonces todavía era un joven soñador, quería ayudar a defender la isla ante la noticia del ataque norteamericano y cuando las tropas españolas dejaron San Germán para ir hasta Mayagüez y organizarse, yo no lo dudé un momento y me embarqué en la aventura.

Pero nada fue como nos prometieron y, al llegar a Mayagüez, pude ver que los oficiales españoles intentaban en vano motivarse en una lucha que ya estaba perdida de antemano, no por culpa de ellos ni de los hombres que los apoyábamos, sino por la desidia de los políticos que desde sus cómodos sillones de Madrid ya habían decidido entregar la isla.

Allí pude ver por primera vez la impotencia de esos oficiales que, con su razón o sin ella, lo cierto es que lo único en que creían era en la defensa de su España inmortal, y pensaban realmente en que estaban allí para luchar por algo importante, por preservar los valores de la hispanidad, para luchar por Dios, la Patria y el Rey. Y yo sé que Dios se preocupaba por esos hombres, porque a todo cristiano nos han hecho creer que Él nunca nos desampara; pero lo que no tenía claro es si a la Patria o al Rey le importaban lo más mínimo esos militares, ni nosotros, ni toda la isla de Puerto Rico. A veces, hasta me planteaba si no era mejor que los americanos nos invadiesen de una vez porque si las cosas seguían yendo mal, al menos no era tan frustrante echarle la culpa a un extraño como a tu propio país. Recuerdo que cuando era niño y mi tío José, al que apenas veía pero que tenía muy mal genio, me daba una bofetada por cualquier cosa no me molestaba tanto como cuando mi madre me regañaba. Eso me enseñó que es más dolorosa una mala palabra de alguien a quien amas que todos los insultos de un desconocido. Eso nos estaba pasando con España, y por eso nos dolía el abandono al que nos sometía. ¿Qué habíamos hecho los puertorriqueños para merecer ese olvido de la Madre Patria?

En ese panorama tan desolador, pensé que no merecía la pena malgastar mi vida por una causa perdida. Cogí mis cosas y me dirigí a Arecibo, donde vivía mi compadre Manuel quien tantas veces me propuso volver a Madrid para montar juntos un negocio de ultramarinos que tan de moda se habían puesto en la capital del reino. No sé si era un cobarde o no, pues lo único que quería en ese momento era salir de Puerto Rico, al que tanto amaba pero donde esos días eran tan inciertos como los de cualquier país en medio de una guerra sin sentido.

Mientras las águilas y los leones luchaban por su presa, el ingenuo coquí sólo quería cantar por las noches y vivir en paz en su pedacito de tierra. Así que yo ya había tomado mi decisión porque sabía que nada volvería a ser lo mismo en esta tierra cuando las águilas ganasen la pelea para alguien que no nació ni león ni coquí sino un poco de ambos, fruto del mestizaje cultural que era Puerto Rico antes del 98 y del que yo he tenido la suerte o la desgracia de formar parte. Quizás

las cosas mejorasen en la isla, pero ya no había sitio para mí en su futuro porque había nacido y me había criado bajo la sombra quijotesca de una bandera del pasado de la que no podría desprenderme aunque quisiera.

Era un dos de agosto, lo recuerdo perfectamente por el calor pegajoso y húmedo que hacía ese día. Fui a la playa después de hablar con mi compadre Manuel, con quien hice los planes para nuestro viaje a España en cuanto fuera posible y las cosas se normalizaran. Fuera cual fuera el desenlace de la guerra, que en realidad yo ya sabía de antemano por la política española de abandonar a su suerte a los militares y ciudadanos de Puerto Rico, no iba a ser difícil salir del país porque los americanos lo único que querían era plantar su bandera en lo alto de la Fortaleza de San Juan y no iban a tomar represalias contra los habitantes del país que nada le habíamos hecho en realidad al vecino del norte.

¿Qué me movió a ir a la playa esa tarde? Realmente no lo sé, pero sentía un deseo de contemplar los últimos rayos del sol en ese mar inmenso que me separaba de mi nuevo destino, de mi futuro y de todas las esperanzas que me quedaban de felicidad. Nunca fui un romántico, al menos eso creía, pero cuando todo mi mundo se derrumbaba, cuando ya dudaba de todo, hasta de la fidelidad a mi patria, necesitaba un pequeño momento de tranquilidad, de sentir algo sencillo, simple y puro como la brisa del mar o la caricia de la arena aún cálida en mis pies descalzos.

Así llegué a la playa y por unos momentos sentí esa tranquilidad de espíritu que estaba buscando. Allí no había banderas, ni españolas ni americanas, ni la de Lares ni ninguna otra. Sólo estaba yo, el murmullo de las olas y el leve canto de las aves como un suspiro de la naturaleza porque un día más llega a su fin.

Y de pronto me golpeó la visión trágica que me devolvió bruscamente a la realidad. Allí estaba él, tendido boca abajo sobre la arena, y su imagen me sobrecogió profundamente como si fuera posible que alguien te diera un pellizco en el alma, aunque ni sé donde está el alma ni si es posible sentir un pellizco en algo que no es físico. Pero esa fue la sensación que tuve y que todavía me parece sentir cuando recuerdo ese momento en que vi su cuerpo ya sin vida. Aunque me parecía imposible moverme, no sé cómo pero acabé junto a él para al menos asegurarme de que no estaba muerto. No me perdonaría el haber abandonado a un hombre agonizante en la arena, en un momento en el que tantas cosas me planteaba pero donde nunca dudaba de que es una obligación ayudar al que lo necesita.

Pero ya no había ningún rastro de vida en ese militar maduro que se encontraba muerto sobre la playa. Me extrañó sobremanera que llevase puesto su traje de gala y que se tratase de un teniente coronel. ¿Qué podía hacer un oficial de tan alto rango sólo en la playa de Arecibo? Obviamente, no se trataba de un caído en la guerra hispanoamericana, no había sido asesinado ni muerto por su enemigo. Se trataba sin duda de un suicidio.

No pude evitar mirar su rostro con detalle, a pesar de que siempre le tuve un particular respeto por no decir miedo a los cadáveres. Era un hombre bien apuesto, como dirían las damas de la alta sociedad con las que seguro se codearía, con una piel delicada y un gigantesco pero bien cuidado mostacho. Aún no sabía quien era, pero todo el mundo conocía la noticia de que el Batallón de Cazadores de la Patria, al mando del Teniente Coronel Puig, se había retirado hace unos días del combate de Yauco por orden del gobierno; dejando prácticamente a los norteamericanos las puertas abiertas a la invasión de la isla. Era la única oportunidad de frenar el intento de dominio yanqui, pero yo ya sabía que los políticos decidieron que era el momento de ir pensando en qué ventajas se podían sacar en el Tratado de Paz. Ante lo que creía una derrota segura, España sólo pensaba en cómo podía salir mejor de esa vergüenza, quien sabe si incluso pidiéndole algún dinero a los Estados Unidos como si los pueblos se pudieran vender o comprar en la mesa de unos diplomáticos.

Por lo tanto, supe enseguida que ése era el Teniente Coronel Puig. Todos le conocían bien pues se decía que era un buen hombre, amante de su familia, y no podía ser menos teniendo

once hijos. Era un oficial íntegro, con un alto sentido del honor como en realidad casi todos los oficiales españoles que, independientemente de lo justa o injusta que sean las causas que tuvieran que defender, ellos ponían toda su alma y su vida en el cumplimiento de su deber. Para ellos, la única razón es obedecer ordenes y defender su Patria, aunque muchas veces los gobernantes de esa Patria les hacía difícil creer que defendían lo más justo.

Así que enseguida supe la causa de su suicidio, porque nada podía haber mas deshonroso para un oficial español que entregar la isla al enemigo sin plantarle lucha. Obedecía órdenes, pero eran unas órdenes que le sumieron en la vergüenza de sentirse el culpable de la pérdida de Puerto Rico. A mí, sinceramente, me parecía una sinrazón quitarse la vida por culpa de una mala decisión de los políticos. Pensaba, y todavía lo sigo pensando, que nada justifica suicidarte y menos en esas circunstancias. Pero yo no estaba en la mente del pobre coronel Puig y al verlo allí tendido sentí una profunda pena por ese hombre fiel a sus ideales, por su viuda y sus once huérfanos, por mi Puerto Rico abandonado a su suerte y por mi España a la que ya no le quedaba nada por lo que mereciera la pena luchar.

En ese momento un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando me fijé en que junto a su cuerpo estaba la espada del Teniente Coronel plantada en la arena, como un estandarte de la última batalla que había dirigido. Y en ella pude ver reflejado el postrero rayo de sol de esa tarde en la que por primera vez supe que habían muerto todos mis ideales y la única lucha que debía emprender era por mi propia supervivencia, por vivir dignamente y en paz los años que me quedaran y no acabar como el pobre coronel. Mientras apartaba lentamente la mirada de la espada y el leve reflejo de ese último rayo de sol se desvanecía, supe que esos iban a ser mis últimos días en Puerto Rico y que esa tarde era en realidad el ocaso de un imperio.

*N. del Autor: Este cuento está basado en la historia real del suicidio del Teniente Coronel Puig.*